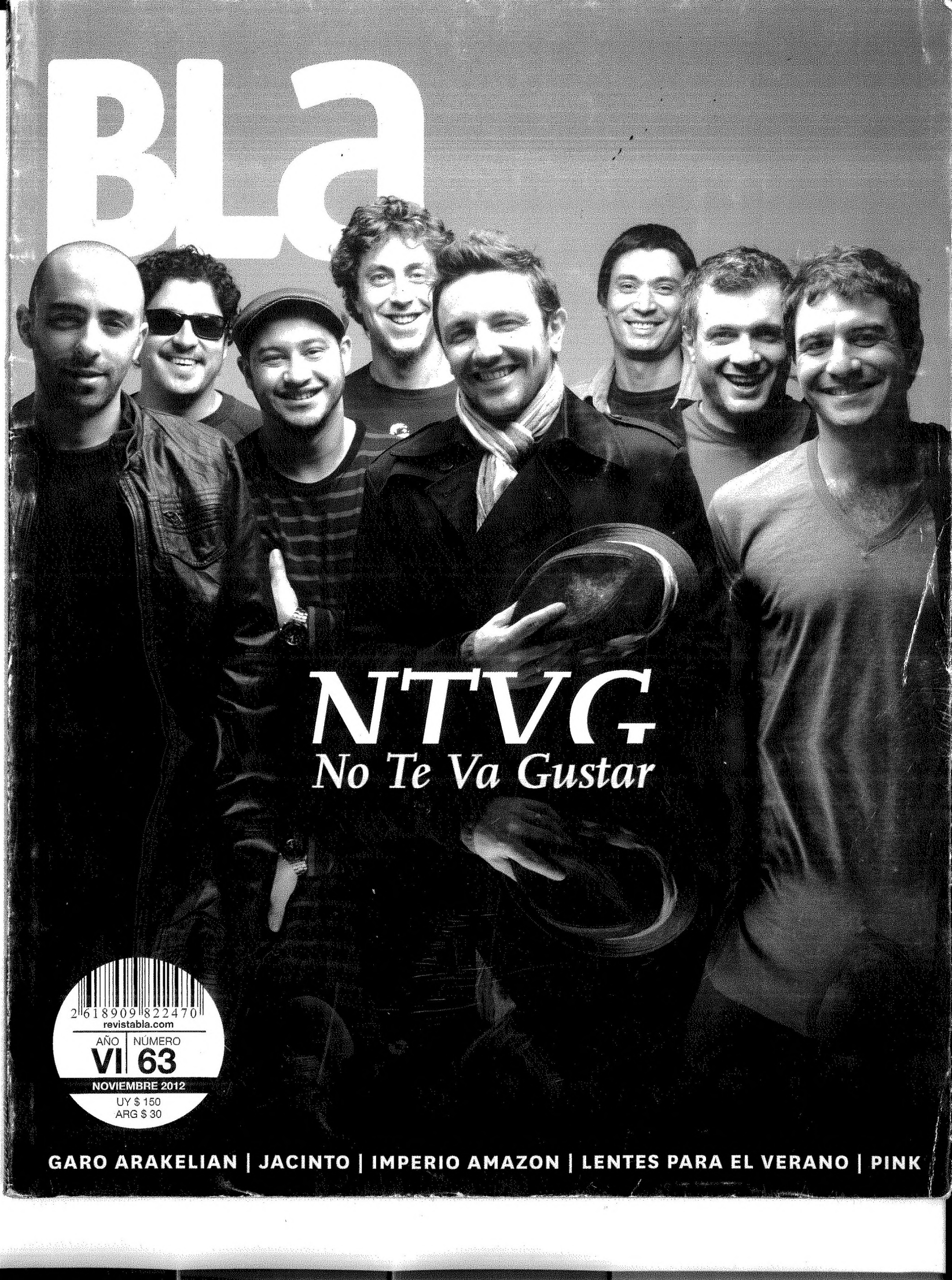
BLa



NTVG
No Te Va Gustar

2 618909 822470
revistabla.com
AÑO VI | NÚMERO 63
NOVIEMBRE 2012
UY $ 150
ARG $ 30

GARO ARAKELIAN | JACINTO | IMPERIO AMAZON | LENTES PARA EL VERANO | PINK

A PESAR DE LAS LLAMAS

HACE TRES MESES PERDIERON, DE GIRA, A UNO DE SUS INTEGRANTES EN UN ACCIDENTE DE MOTO. CON LA TRAGEDIA TODAVÍA FRESCA HICIERON DE TRIPAS CORAZÓN Y VOLVIERON A LA RUTA PARA CONMEMORAR 18 AÑOS DE CARRERA, REVENTARON EL ESTADIO ÚNICO DE LA PLATA, DIEZ TRASTIENDAS CONSECUTIVAS EN MONTEVIDEO, GIRARON POR ARGENTINA, TERMINARON UN NUEVO DISCO Y FUERON NOMINADOS A LOS GRAMMY LATINOS POR EL ANTERIOR. PERIPECIAS DE UNA BANDA QUE SE DEBATIÓ ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO APOSTANDO A CURAR LAS HERIDAS A TRAVÉS DE LA MÚSICA

Por FERMÍN SOLANA
Fotos DOMINO, DIEGO VELAZCO

Nunca había ido a ver a No te va gustar, pero lo hice advertido de que la escala de fenómeno en que se encuentran convoca a esta altura a un público ultradiverso. Gente de todas las edades y rangos, procedentes de antagónicos estratos sociales. Lo corroboré al instante, ya que al primero que me crucé en la puerta de La Trastienda fue a Raúl Zanella, el adscripto con barba candado del liceo Ivy Thomas, con el que tuve una relación tormentosa a lo largo de los cuatro años que cursé en la referida institución de Pocitos (y a quien jamás habría asociado con un concierto de rock).

En el punto más álgido de la pica, durante el viaje a Bariloche, entre esporádicos actos de clásico vandalismo juvenil que se suscitaron en el hotel bajo mi comandancia, lo descoloqué de su habitual y solemne compostura a tal grado que no pudo evitar soltarme un mayúsculo "¡la puta que te parió!" que dejó congelado a todo 4°. A y B, igual que al resto del contingente de coordinadores.

Los 16 años que pasaron desde entonces parecen haber enterrado el cruce. Nos saludamos con un beso y le pregunté si era fan de NTVG, a lo que contestó que, más que nada, sus hijos. A su espalda divisé a los pequeños Zanella, 10 años promedio, luciendo camisetas de la banda.

> “ACABAMOS DE METER 25.000 PERSONAS EN EL ESTADIO ÚNICO DE LA PLATA Y PODRÍA DECIRSE QUE ESTAMOS AL NIVEL DE POPULARIDAD DE LAS BANDAS DE ROCK MÁS GRANDES DE ALLÁ, PONELE QUE CON EL INDIO SOLARI Y LA RENGA”

Ya adentro, el panorama se confirmaba lo más variado que se puede encontrar en el terreno del rock. Desde figuras públicas como el periodista deportivo Martín Charquero y sus allegados, pasando por más grupos de padres con hijos pequeños, un sinfín de parejas en plan salida romántica y un sorprendente número de señoras, de más de 60, hinchas acérrimas del grupo -de pie, con vinchas y cámara de fotos en mano-. Tampoco faltaban los enfundados en chaquetas de cuero y camisas de leñador desprendiendo olor a perfume trendy, ideales para un casting de la marca de cerveza que dice que "la noche es de los que salimos".

Estábamos en la décima Trastienda repleta, de un ciclo de 10 al hilo, para conmemorar los 18 años de carrera, una prueba más de un apogeo que quizá no cuente con precedentes en la música local. "En el último año el furor que despierta la banda en el exterior ha alcanzado parámetros cercanos a una beatlemanía. Nos ha pasado, por ejemplo, en hoteles de determinadas ciudades de Argentina, de tener que irnos por la puerta de atrás", me comentaría, al día siguiente, Emiliano Brancciari en el correr de una charla con mate compartido que mantuvimos durante casi una hora en uno de los recovecos de la impresionante oficina del grupo.

Las cifras, en términos de taquilla, solo verifican la magnitud del boom. "Acabamos de meter 25.000 personas en el Estadio Único de La Plata y podría decirse que estamos al nivel de popularidad de las bandas de rock más grandes de allá (Argentina), ponele que con el Indio Solari y La Renga", arriesgaría el cantante.

Es 4 de octubre y es el último show antes de las vacaciones. Probablemente las más necesarias en su historia. Salen con *Tan lejos* y el estribillo parece no hacer más que sintetizar el espíritu con el que afrontan la durísima fase de duelo: "Cantando a pesar de las llamas, lalalalalala". Los ocho músicos parecen ir entrando de a poco en el cuelgue y el público hace lo propio en sintonía. Brancciari avisa que por ser la décima y la última, va a ser la mejor Trastienda. La platea revienta. Adelante, a los saltos; más atrás, registrando todo con los brazos en alto y cámaras de celular.

En una pausa, el vocalista cuenta cómo se dio la participación de Mario Benedetti en la canción *De nada sirve*. De acuerdo a lo narrado desde el escenario, el escritor los rechazó en primer término, alegando no participar en colaboraciones de esa índole, para volver a llamarlos, arrepentido, una vez que escuchó la canción. Uno de los fuertes momentos sensibles en la noche. Ese y, lógicamente, las distintas menciones a Marcel Curuchet, tecladista de la banda fallecido meses atrás, y sus familiares. Cada dedicatoria, un masivo erizador de pieles.

El repertorio suma un caudal gigante de grandes éxitos, todos familiares, incluso para cualquiera que no siga a NTVG. En lo referente a géneros y fusión comprende no solo rock y pop: folclore, reggae, murga y hasta raptos de electrónica, todos resueltos con nivel, alternados con criterio, hacen que las dos horas y media del toque muten constantemente, sin dar lugar ninguno al tedio. A nivel psicológico, reflejado en las caras de los músicos, de a poco los gestos más adustos de los temas iniciales se van relajando y da la impresión de que comienzan a disfrutarlo abiertamente. Como de menos a más en la intensidad, y el contrario en el parámetro de tensión. Estrenan canciones de su próximo disco, *El calor del pleno invierno*, con lanzamiento previsto para fines de octubre, y hasta hacen de rockola viviente improvisando pedazos de viejos éxitos hoy fuera del set list, a medida que el público se los va pidiendo.

Esta noche no hay artistas invitados, apenas un homenaje al equipo técnico que es presentado uno por uno. El manager, los plomos, todos suben al escenario con un foco de luz sobre la cabeza y sienten, por una noche, lo que es estar del otro lado. Pasa eso y el convite a un miembro del público a subir y cantar una canción, en uno de los momentos más entretenidos del show.

Brancciari busca entre las primeras filas y da en el clavo: un flaquito, algo cabezón, con una camiseta polo de rayas blancas y negras horizontales. La canción, *Navegar*. El muchacho no se anda con vueltas, agarra el micrófono principal, lo arranca de la jirafa y canta el tema completo desde las vísceras, como si fuera el líder de una banda punk, arengando a la multitud, prácticamente sin desafinar. Color puro. A su espalda, los músicos se miran entre sí con una sonrisa de aprobación total.

En cuanto terminó me hice paso hasta adelante y di con el cantante improvisado. Sudado, de pies a cabeza, atravesaba su cuarto de hora de microestrellato. Mientras una chica lo felicitaba por su performance, otra le preguntaba si "estaba todo prearmado", cosa que él negaba: "Vine ayer y justo subieron a un loco que se paró acá, así que dije, me voy a ubicar en el mismo lugar que él, a ver si tengo suerte. Y ligué". Le expliqué que escribía para una revista y le pedí su celular para llamarlo en la semana. Lo registré como Santiagontvg y le pasé mi número. Al día siguiente, por su propia cuenta, me contaba que tenía 26 años (a punto de inscribirse en la Facultad de Ciencias), explicaba que no había podido dormir en toda la noche de la euforia en que quedó, que seguía a Brancciari y cía. desde hace ocho años y que antes de eso no le gustaba la música uruguaya. Dijo que lo inspiraba la emoción que compartían al tocar. Después de la conversación me mandó el siguiente -extenso- mensaje de texto:

"La primera banda que fui a ver en vivo fue NTVG y fue por causa del amor, mi primera novia. Adoptamos la canción No necesito nada como nuestra canción, porque la letra describe, casi literalmente, la forma en que ella y yo nos conocimos. Luego terminamos y, junto a otras cosas que me sucedieron en paralelo, adopté Navegar como himno personal. Tanto por lo que dice la letra como por la energía que transmite. Abrazo y suerte". Uno de los versos más significativos de la letra dice: "Se curan heridas/ se encuentran salidas,/ en la oscuridad,/ en ese momento".

Antes de irme de La Trastienda tenía que encontrarme con Andrés Sanabria, responsable de Bizarro Records, para que me entregara una copia del master final de *El calor del pleno invierno*. Allá lo encontré con cara de agotamiento, cerca de la puerta ("Tuve un día difícil, pero me lo salvaron los muchachos con este show"). Disco en mano, salí del recinto esquivando fans, sintiendo que cargaba un ítem preciadísimo por el que más de uno de ellos habría desembolsado una minifortuna.

Al día siguiente lo puse en el living de la casa donde vivo. El minicomponente echó a girar el CD dorado. Ya la frase que abre el disco otorga un preámbulo del tono, entre filosófico e introspectivo, que el material emana en líneas generales. Con sabor a descontento: "Tengo casi 80 años y no hice nada por nadie, nada por nadie. Pasaron pestes, pasaron guerras y no hice nada por nadie". Segundos más adelante, en el estribillo, ahonda el cuestionamiento: "Quisiera saber qué hago para apagar este fuego, por qué Dios me dio los ojos si prefería ser ciego".

Musicalmente se trata de un rock de guitarras ¿a la The Cure? (aunque mejor a la NTVG), que da lugar a una balada y, después, en el track 3, al corte de difusión *A las nueve*; otra de dejo sufriente donde el coro canta "sé que te vas a las nueve, sé que me muero a las diez", y que en el show Brancciari introdujo explicando que es una letra

> “UN IDA Y VUELTA DIARIO DESDE NUEVA YORK AL HOSPITAL DE NUEVA JERSEY, APRETADOS ARRIBA DEL SUBTE, ENTRE LAS MAREAS DE GENTE EN LOS HORARIOS PICO, SINTIÉNDOTE COMPLETAMENTE DESCONECTADO Y DESUBICADO. POCAS COSAS QUE TE IMAGINES PUEDEN SENTIRSE PEOR QUE ESA”

dedicada a sus seres cercanos, por la cuestión de tener que separarse cada vez que salen de gira. El tema tiene toda la pinta de candidato directo a clásico de los "en vivo".

Allá por la quinta canción de la escucha, la chica con la que comparto el hogar emitió un comentario desde atrás de su computadora.

-¿Te puedo decir algo, de atrevida nomás?

-Sí, claro.

-Me transmiten mucha melancolía estas canciones.

Ese mood, que en parte es uno de los sellos de la banda y que en este disco parece exacerbado, lo quiebra -hacia arriba- el track 7, *Por el agua*, una composición entre funk y disco con vocales con semblanzas de Mano Negra, influencia que también parece percibirse en *Destierro*, del track 9, la cual transmite un aire wéstern superoptimista. Además, casi inmediatamente, incursionan en el reggae y se hace el verano. "Bueno, ahora cambió la cosa", constató mi acompañante.

Sobre el cierre, en un retorno a la desdicha, otra canción con aires de futura preferida de los fans, remata el disco con dolor: "Hasta nunca corazón", es la frase que cierra el trabajo.

La melancolía fue, entonces, lo primero acerca de lo que le pregunté a Brancciari, tres horas más tarde, cuando llegué a la sede de NTVG, un búnker escondido a unas pocas cuadras de la Facultad de Arquitectura. Apenas entré subimos y nos sentamos mano a mano en una oficina del segundo piso donde empezó a cebar a buen ritmo sobre la mesa de MDF.

"A mí me gusta la melancolía, quizá haya mucha por una cuestión de elección de canciones. Dentro de las canciones compuestas hay de todo, pero ese costado como que me es muy familiar. Capaz que es lo que me sale más fácil, o a lo que más le tengo la mano, y eso hace que nos guste de primera", atribuye.

Le pregunté si el tono podía tener que ver con la fatalidad de su compañero. De que la tragedia pueda haber teñido el espíritu del álbum. "No, esto no tiene nada que ver con lo que pasó con Marcel, que por suerte terminó de grabar todo justo a tiempo, antes de irnos de viaje. De hecho, el corte lo terminamos de elegir con él mismo, en la gira. La realidad es que ya todo estaba dispuesto como terminó siendo", contesta.

La muerte de Curuchet se transforma en el tema ineludible. La ausencia, incluso en el campo de lo estrictamente musical: "En vivo estamos completándonos como podemos. Ayer, por ejemplo, disparamos un par de teclas grabadas porque nos dimos cuenta de que hay canciones donde sin el teclado es directamente imposible". El tono de voz del vocalista va bajando en forma paulatina y los ojos se le empañan. Él mismo se adentra en el drama atravesado, un viaje a otra dimensión, más macabra: "Vivimos la peor pesadilla que te puedas imaginar. Desde lo que fue el momento de gloria a la hora de llegar a Nueva York, ir arriba de un ómnibus, todos nosotros y encima con los Auténticos Decadentes (quienes vivieron lo ocurrido a la par nuestra), todos eufóricos, cantando boludeces y al rato, cuando fuimos a probar sonido al local, enterarnos de lo que pasó minutos antes".

Desde ahí se vieron involucrados en "un ida y vuelta diario desde Nueva York al hospital de Nueva Jersey, apretados arriba del subte, entre las mareas de gente en los horarios pico, sintiéndote completamente desconectado y desubicado. Pocas cosas que te imagines pueden sentirse peor que esa; quedamos devastados".

A entender del líder, la banda se unió muchísimo en ese momento. "Incluso pasa que en la interna y más en un grupo humano como este donde en conjunto con el equipo técnico llegamos a ser entre 18 y 19 personas, uno tiende a tener más afinidad con unos que con otros, pero en esto, ▶

la pérdida, todos estuvimos espalda con espalda", afirma. Algo similar expresa al principio del video de *A las nueve*, donde lleva a cabo una arenga preconcierto al término de la cual propone un sentido brindis por "Curucha".

En lo personal, Brancciari percibió cómo, a raíz de la desgracia en cuestión, lo acecharon dudas inéditas hasta ahora. "Llegás a considerar la posibilidad de no saber si podrás seguir tocando. A mí me pasó que a la vuelta fui a ver a Jaime al Sodre, y también a La Vela y de, por primera vez en mi vida, no poder ubicarme arriba del escenario. El contrario a eso que te pasa siempre, de que ves a alguien tocar y te da ganas de hacerlo vos". Finalmente la música ejerció su suerte de influjo terapéutico: "Fue empezar a tocar, en el primero de estos veintipico de shows que dimos en este ciclo y sentir que eso era exactamente lo que precisaba".

Conversamos sin interrupciones, con la puerta cerrada. Él, procurando transmitir cuál ha sido la fórmula mental del éxito, esa a la que apelaron ahora, pero también antes, la entereza de un grupo que en su momento supo sobrevivir a fuerza de fideos, "piloteando el alquiler". "Nunca, a lo largo de los 18 años, nos sentimos frustrados. Ni siquiera cuando hicimos nuestro primer Teatro de Verano, que no lo llenamos y perdimos un montón de guita. A la larga aprendimos que incluso experiencias como esa eran superpositivas, porque la gente que fue se volvió a la casa refeliz con el show, habló al respecto y al año siguiente estábamos llenando el Teatro", analiza desde sus ojos cansados, acomodando la yerba.

> "SI HAY ALGO QUE TENEMOS ES UN PÚBLICO INDESCIFRABLE. ASÍ QUE LA ÚNICA FÓRMULA ES QUE EL DISCO PASE POR DIFERENTES LUGARES. BUSCAMOS QUE EL DISCO TE PASEE, COMO EL SHOW EN VIVO. LEVANTAR, BAJAR. LEVANTAR, BAJAR..."

Aquel había sido el primer show representados por Nicolás Fervenza, el barbado manager que ahora, la noche previa, subió al escenario tirando pasos de break dance, de camiseta de fútbol, con una sonrisa de oreja a oreja; un personaje clave en la historia de NTVG. Fervenza les dijo en la primera reunión que quería sacar a la banda a tocar por el mundo y obtuvo como respuesta las risas de los músicos, quienes visionaban, a lo sumo, viajar al interior, y se fueron convenciendo de a poco del potencial de conquista que traían entre manos. La estrategia íntima de Fervenza fue, según cuenta el frontman, posicionarse "como uno más de la banda, su voto siempre tuvo el mismo valor que el del resto, nunca tratar de pasar sus decisiones por arriba de las de los demás".

"Somos conscientes de que esto es una empresa, que le da trabajo a mucha gente; a veces nos sentamos en esta mesa y nos encontramos hablando de impuestos y cosas que no tienen nada que ver con la música, pero, por suerte, eso nunca afectó a la hora de componer", considera, de alguna manera volviendo a *El calor del pleno invierno*, dándome pie a preguntarle, ahora, por la otra veta, la más alegre.

Brancciari tiene claro que a la diversidad hay que nutrirla desde la misma diversidad: "Es que si hay algo que tenemos, es un público indescifrable. Así que la única fórmula es que el disco pase por diferentes lugares. Esa es la esencia que no podemos perder. Buscamos que el disco te pasee, como el show en vivo. Levantar, bajar. Levantar, bajar". Del pogo que hizo que ardiera La Trastienda, como él mismo incentivaba, a los coros baladísticos cantados al borde del llanto por los presentes. Para este cometido cuentan con un aliado fundamental: el viento en la camiseta. El feedback con el público, los tiene pletóricos de confianza. Hoy componen "con esa tranquilidad de poder errarle, pero hasta ahí nomás". "La gente ya nos dio un voto de confianza gigante, que te hace sentir que el margen de error pasa a ser mínimo", dice.

De acuerdo a Brancciari, en la banda "todos opinan de todo, aunque después obviamente que los años -y los aciertos- le dan más peso a ciertas opiniones". A modo de ejemplo está el caso del DVD-CD *Público*, una pequeña-gran satisfacción personal del cantante-guitarrista. "Había compañeros que no querían sacar el DVD ese (señala una pila de *Público*, editado este año), y yo me emperré con sacarlo, a tal punto que en un momento era "mi DVD". Y miralo ahora, "mi DVD" está nominado a los Grammy (se ríe). Son corazonadas", cree.

El diálogo se interrumpe con el murmullo de gente que llega del otro lado de la puerta. La casa, reciclada, de dos pisos, empieza a poblarse de miembros del grupo, sus parejas e hijos chicos que corren atrás de una pelota de fútbol por los corredores. El lugar, perdido en una de esas callecitas de pocas cuadras, semicallejones del límite entre Pocitos y Punta Carretas, es ocupada por la banda desde hace año y medio. Antes estaban en otra, del Parque Rodó, a la que le tenían cariño, pero de donde se mudaron "cuando la dueña se subió al carro". "La agarramos hecha pelota, la arreglamos toda y nos quiso subir el alquiler por las nubes", comenta.

Esta otra, por la que concluida la entrevista Emiliano me hace un tour, es el "club social" del conjunto y, de hecho, antes de serlo era un salón de alquiler para fiestas infantiles. Por eso el parrillero es de dimensiones industriales. Esta noche se encuentra predispuesto para una hamburguesada, con las tortugas apiladas sobre el mostrador, los tomates en rodajas, la lechuga todavía con gotitas de agua y los sachet de kétchup y mayonesa alineados. No falta un paquete de papas chips, el whisky, un Fernet (el bajista sirviéndose la medida sobre el hielo) y la gaseosa. Cuando pasamos, el fuego está recién prendido.

"Nos cuesta muchísimo mantener el lugar, pero nos da muchísimo también. Fijate que grabamos el disco entero acá", señala y por "acá" ya se refiere específicamente al flamante estudio, otro de los highlights de la vivienda, todavía inmaculado, con olor a madera nueva. Por ahí andan, en este instante, los niños con la pelota. Una postal no tan atípica para la locación, ya que según me cuenta, en ese espacio preciso supo haber una cancha cerrada de fútbol infantil.

Entre aeropuertos, toda la vida social, familiar y musical del círculo tiene lugar en este lugar. Cumpleaños, bienvenidas, lanzamientos. Contención en medio de un ritmo de vida que minutos antes Brancciari me había descripto como muy difícil de aguantar: "En Argentina se hace difícil andar por ahí, con todo el tema de los celulares con cámara, los pedidos de fotos son permanentes, en cambio acá no pasa nada".

Es por eso que esta casa, y Montevideo en general, ofician como "la base tranquila". A lo que parecieran ser años luz de algunas de las imágenes que evocó a lo largo del diálogo, como ese subte en Nueva York, o la escapada de hoteles por la puerta trasera en Argentina, el cantante me abre la reja para despedirme. "La paz de esta ciudad es sagrada", agradece, antes de volver a entrar. Por la callecita no vuela una mosca en la noche de primavera. ■